

Eduardo Ortega y Gasset

ANNUAL

RELATO DE UN SOLDADO
E IMPRESIONES DE UN CRONISTA



EDICIONES DEL VIENTO

Publicado por primera vez por Rivadeneyra, Madrid, 1922

© Ediciones del Viento, 2008

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña

Tel: 981 244 468 / e-mail: info@edicionesdelviento.com

www.edicionesdelviento.com

Diseño gráfico: David Carballal

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-96964-31-0

Depósito legal:

Impresión: Valladares, s.l.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Índice

Abrazo filial	9
Prólogo	11
<i>Primera parte</i>	
RELATO DE UN SOLDADO	17
I El prólogo del Annual	19
II Abarrán e Igueriben	23
III La tortura de Igueriben	25
IV El convoy trágico	29
V Igueriben perece. Noche de angustia	35
VI Amanece el día trágico	39
VII La persecución. El incendio de Annual	43
VIII En la avanzadilla	47
IX Un nuevo enemigo	51
X Otra vez solo	55
XI El señuelo del agua	59
XII Prisionero	61
XIII La evasión	69
XIV Cambio de Bentiel	73

Segunda parte

CRÓNICAS DE LA GUERRA	79
El inorganismo oficial	81
Con la verdad, remedio único	87
El ejército y su eficacia	93
La defensa de Nador	99
Páginas dolorosas	105
Triste misión	109
Abd-el-Krim	115
El alma de la raza	121
Los defensores de Melilla	127
El armamento enemigo	131
En la zona de Melilla	135
Carnero y cuz-cuz	139
La sangrienta lección	143
Actividad del enemigo	149
Las suspicacias de la jarka	153
El punto de partida	157
Artillería mora	161
La burocracia militar	165
El Gurugú silencioso	169
El comienzo del avance	173
Tres notas diversas	177
La toma de Nador	181
Sobre la toma de Nador	187
El cambio de sistema	191

Abrazo filial

Mi padre, en los largos años del segundo exilio (1939-1965) recordaba con nostalgia su ANNUAL, crónicas como Corresponsal de Guerra de La Libertad. Nos contaba recuerdos de aquel horrible verano de 1921 en el que el ejército español sufrió el mayor descalabro de su historia a manos de Abd-el-Krim, un moro temible que logró aglutinar los odios de las kabilas contra España. «Cuánto me gustaría —nos decía— conseguir un ejemplar de ese libro y releer mis visiones y experiencias en aquel Rif turbulento en el que nuestros nobles soldados sufrían espantosos sufrimientos. La administración española, corrupta y desvergonzada, no proveía al ejército de los materiales que exigía la guerra, permitiendo que unos rifeños valerosos, sin organización militar, derrotaran a tropas regulares que se suponían superiores.» ANNUAL es una historia-requisitoria en la que, con pasión, se señalan las inmoralidades de los burócratas que pagaban con sangre los mozos españoles. Las crónicas que venían de Marruecos eran rigurosamente censuradas para ocultar a la opinión pública, la dolorosa realidad. En ANNUAL mi padre reunió sus crónicas sin las mutilaciones del censor. En su primer exilio, después del golpe inducido del jerezano Primo de Rivera, escribió, desde París, esta irónica cuarteta:

*Mi querido Coronel
Lejos de su lápiz rojo*

*Escribiré aquí a mi antojo
Bajo la gran Torre Eiffel*

En la segunda parte de ANNUAL se hace un certero diagnóstico de los estertores de la Restauración. La monarquía borbónica estaba podrida y sólo un sacudón salvaría a España de convertirse en el cadáver de un “elefante muerto”. Desde Francia, con la colaboración de Don Miguel de Unamuno, también emigrado en ese país, después de su pasantía canaria, publicó Hojas Libres, que se introducían clandestinamente en España, a través de las veredas contrabandistas de los Países Vascos. Vino luego el Pacto de San Sebastián, suscrito por mi padre, la II República, la Guerra Civil y los años miserables de una dictadura curra, cruel y agarbanzada. Unamuno, antes de morir en su Salamanca de piedras doradas, recordando a su homónimo, calificó al régimen de “dictablanda”, al compararlo con lo que veía.

Ahora, gracias a Eduardo Riestra, editor de Ediciones el Viento, he podido leer ANNUAL con un retraso de 88 años y dialogar con mi padre. A él, padre nuestro, un abrazo de hijos, nietos y bisnietos, sembrados en tierras americanas. España se acerca hoy a los ideales e ilusiones por los que tanto luchaste.

JUAN M. ORTEGA

Caracas, 25 de septiembre de 2008

Prólogo¹

Transcurría la última decena del mes de julio del pasado año. Ningún indicio exterior revelaba inquietudes ni preocupaciones en la opinión pública. El asunto de Marruecos era para la atención general como una vieja incomodidad en la que nadie pensaba. Dominaba sólo en Madrid por aquellos días el trajín de los viajes veraniegos, en que el hombre laborioso busca un necesario descanso, o en que una multitud frívola hace cambiar de postura a su ociosidad en las playas concurridas.

Esta tranquilidad, esta inconsciencia, se vió súbitamente turbada por noticias gravísimas, que anunciaban un fuerte descalabro sufrido por nuestras tropas de la zona de Melilla. El rumor era inicialmente impreciso, vago, pero portador de una densa obscuridad, como esas nubes plomizas que amenazan con el pedrisco. Poco a poco aquella impresión se fue poblando de detalles trágicos, y el contorno de la desdicha fué apareciendo ante el público con terrible diafanidad.

Uno de los fenómenos colectivos más digno de ser examinado, y que tiene en este prólogo su oportunidad, es el de la total sorpresa a que antes aludía, con que la catástrofe llegó a sacudir fuertemente los adormecidos nervios de la opinión. Esta inveterada inclinación

1. De la primera edición, Rivadeneyra, Madrid, 1922.

al sueño, tan dañoso porque no previene, y al no constituirse en acicate de lo Gobiernos invítales también a la negligencia y al abandono, ¿es natural en ella o provocada por el régimen en que vivimos? Sin negar una parte de culpa en ese abandono a nuestra idiosincrasia meridional, ella no sería bastante a producir tan lamentables efectos sin el error arcaico en nuestros gobernantes de considerar como principal remedio el uso y el abuso de la morfina. Podríamos decir que los Gabinetes que se suceden en la dirección de la política y de nuestra vida nacional son empecatados morfínomanos. Consideran de buena fe, como excelente norma de disciplina social, el aislar al público de la exacta visión de sus problemas y de la completa gravedad de los sucesos desgraciados. Y como el primer factor para que exista una opinión española es que se encuentre asistida de informaciones verídicas, no es de extrañar la provocada inconsciencia en que los más fuertes y terribles acaecimientos sorprenden a aquella.

Si la Prensa, acaso cumpliendo altos deberes, previene los peligros, no faltan agrios patrioterros que la califiquen de alarmista. Yo escribo el viernes 5 de noviembre de 1920 el artículo inicial de *La Libertad*, no firmado en que se denunciaba la escasez y deficiencia del material de guerra de nuestro ejército marroquí y se hacían prevenciones sobre su posible ineficacia. De ese trabajo periodístico copio el siguiente párrafo:

En el presupuesto de Guerra hace el contribuyente sobrados sacrificios para exigir que nuestra acción en Marruecos esté acompañada de cuantos medios sean convenientes. Por eso vemos con dolor y consignamos con tristeza, interpretando el sentir general, las manifestaciones que autorizados técnicos, juntamente con los informadores periodísticos que han asistido a las últimas operaciones formulan sobre la evidente carencia del material de guerra adecuado. Ni tanques de ataque, ni artillería moderna y abundante, ni aeroplanos, arma de un valor estratégico en esta clase de combates, tienen nuestros soldados de África con la profusión necesaria para multiplicar

su acción y ahorrar el sacrificio de su sangre. Este género de negligencia, en el que se cuenta sólo con el heroísmo de los oficiales y soldados, será muy de la vieja sentimentalidad bárbara, que igualaba a los combatientes en un juicio de Dios o en una lucha caballeresca por la dama o el honor; pero nuestros soldados tienen derecho a no estar expuestos a un cuerpo a cuerpo con un montañés de Xaven. La superioridad de pertenecer a una nación civilizada, que tiene a su servicio a la ciencia y a la técnica modernas, se ha de percibir en el conjunto como en los detalles, y será enorme la responsabilidad de nuestros generales o del Gobierno, llamados a ponderar sus fuerzas, si se sacan las tropas desguarnecidas de cuantos medios sean precisos para el triunfo, sin quebrantos ni mortales angustias, como tiene derecho y posibilidad de obtenerlos España frente a unas tribus belicosas.

Pocos días antes del desastre, el día 15 de julio, el competente escritor Maximiliano Miñón, en artículo dedicado a las Juntas militares, escribía este párrafo, que era la profecía del derrumbamiento, en que anticipadamente se empleaba esta palabra, que ha sido luego la más sintética expresión del desastre:

¡Que desdicha y que peligrosa situación!... Un Estado sostenido por un Ejército así, es, valga lo manoseado de la comparación en gracia a la exactitud, como una pirámide sostenida por el vértice. Así vivimos como de milagro, en continuo sobresalto, esperando y temiendo a cada hora el tremendo derrumbamiento.

Pero estos aldabonazos con que algunas personas enteradas del problema pueden haber tratado de prevenir a la opinión, tenían forzosamente que ser ineficaces. El Gobierno se encargaba de mantener aislada la zona de nuestro protectorado del ambiente nacional, conservando allí esa morbosa indolencia que con tanta sangre hemos pagado. Un hecho tan grave como el de la pérdida del monte Abarán, resultado de una violenta efervescencia en la hos-

tilidad de los beniuurriaguel vemos como se disfrazaba de suceso mínimo e intrascendente en el parte oficial que a continuación copiamos:

El general segundo jefe de la Comandancia general del Melilla comunica a este ministerio, a las doce del día 5, que el general Silvestre ha marchado en el cañonero Laya, a conferenciar con el alto comisario frente a Sidi-Dris; aquel se encuentra a bordo del Princesa de Asturias.

En la madrugada de día 1, y más bien como cooperación de policía, se ocupó por el comandante Villar el monte Abarán, fuerte estribación de la cordillera de Miletos, de unos 500 metros de cota, y alejado de Buymilián unos seis kilómetros en línea recta y 15 de malísimo camino de montaña.

Guarnecida la posición y emprendida por la columna la retirada, el comandante general regresó a la plaza desde Annual. A su llegada, recibió noticias de que la nueva posición había sido atacada, y volvió a salir aquella misma noche para Annual.

No se pueden precisar aún las causas de la defección de la jarka amiga, motivando este hecho tan inesperado la muerte de los capitanes Huelva y Salafranca, de Policía y Regulares, respectivamente; tenientes Camino y Reyes, de Regulares, y el alférez Fernández, de la Policía indígena, y Fromesta, de Artillería. El resto de la tropa europea, en muy escaso número, se incorporó a la posición próxima, sin más que nueve soldados heridos leves y tres graves peninsulares.

A continuación, el enemigo atacó Sidi-Dris, en el que fue duramente castigado, retirándose después de veintiséis horas de fuego, sufriendo más de un centenar de bajas.

Por nuestra parte sólo tuvimos: heridos leves, el comandante D. Julio Benítez, de Ceriñola, y teniente de Artillería Galán, encontrándose ambos en buen estado; y de tropa, un soldado de Intendencia grave y siete de Infantería y Artillería leves.

Después de la retirada del enemigo no ha ocurrido novedad.

El día 9 de junio se publicaba también la noticia de haberse tomado la posición de Igueriben de la siguiente manera que reproducimos, por ser característica del procedimiento que llamamos morfinómano.

Melilla, 8. En la madrugada de ayer, una columna, compuesta por fuerzas europeas e indígenas, mandadas por el general barón de Casa-Davalillos, avanza por el territorio de la kabila Beni-Uliches, siendo hostilizada por pequeños grupos de rebeldes diseminados, resultando herido un soldado indígena.

La nueva posición, llamada de Kudia Sucriben, quedó fortificada a mediodía y guarnecida por dos compañías de Ceriñola, una compañía de ametralladoras, una batería y algunas fuerzas indígenas.

El general Silvestre la visitó de madrugada, regresando al obscurer a Melilla.

Procedente de la playa de Sidi Dris ha llegado el cañonero Lauría, quedando allí el Bonifaz y el Laya.

Algunos prestigiosos jefes indígenas, entre ellos Abd-el-Kader, han reiterado su adhesión a España, ofreciéndose a pelear a su lado.

El general Silvestre se propone castigar severamente a los atacantes de la posición Abarán.

Se sabe que algunos jefes de la kabila Tensamán fueron heridos por los rebeldes por negarse a combatir contra los españoles.

Los aviadores militares bombardearon ayer los poblados frente a Alhucemas, incendiando las mieses depositadas en las eras y destruyendo algunas viviendas.

A través, pues, de esas informaciones, en que todo es desorientador para el público, arrojadas en el conjunto de las noticias periodísticas sin relieve alguno, no es posible pedir a las grandes masas nacionales perspicacia bastante para desentrañar la disimulada verdad. Ahora, al través del tiempo, al releer esos telegramas, comprendemos que quienes los dictaban desde la zona marroquí o el ministro que los adobaba para darlos a la publicidad, conocían exactamente la situación, y es evidente, para el menos experto en el ejercito de escribir, dónde está el

golpe de escoplo que va desposeyendo a la noticia de todas sus aristas agudas y alarmantes.

Contribuyamos, pues, todos a que la verdad llegue a todo el público español. Tengo gran fe en que el único medio de que los problemas españoles, y el de Marruecos principalmente, consigan una solución y dejen de ser obstáculos atravesados en la vida nacional, es el de que la opinión tenga plena conciencia de ellos. Con este libro trato de cooperar modestamente en ese sentido.

Primera parte
RELATO DE UN SOLDADO

Bernabé Nieto es alto, delgado y en su rostro, de expresión franca y noble, se exteriorizan sus cualidades de energía serena y sin afectación. Es el soldado típico de España y más genuinamente del madrileño, que sabe soportar alegre y sin preocupaciones los mayores sufrimientos. Bajo su afable sonrisa se oculta un alma bien templada, que difícilmente se sobrecoje o abrume ante la adversidad.

Los lectores van a asistir a estas recias pruebas y trágicas aventuras de nuestro soldado. Durante largas horas de cruel fatiga ha convivido con la Muerte, y en su retina han quedado grabadas escenas de horror. Él va a transmitirnos sus impresiones con esa fuerte palpitación que tienen los hechos y las realidades que han pasado por un cerebro y por un corazón, las cuales superan siempre con intensidad a toda imagen o disfraz de la fantasía. Yo me acerco a este relato con el respeto admirativo que un naturalista al disecar entre dos hojas de papel una flor rara y perfumada. No me perdonaría a mí mismo el delito de alterar la verdad y descomponer las puras y espontáneas líneas del relato, directamente recogido de labios del valiente militar en parte, y en parte también de notas en que él ha fijado el orden de los sucesos de que ha sido actor.

Mi trabajo ha de ser el de escribir completamente la relación de Nieto con aquellos pormenores, recogidos también directamente durante mi permanencia en Melilla en los trágicos días de julio, que

coloquen la escena dentro del ambiente general y del cuadro del cual es un personal episodio.

Tres meses hacía el héroe de estas páginas se encontraba en el campamento de Annual, como artillero, al servicio de una batería de montaña. En este período de tiempo que precedió al inesperado desastre, la tranquilidad de la vida en la posición sólo se vio interrumpida por dos sobresaltos. Habían pasado ya esos días de apacible temperatura primaveral, tan precoces en aquella comarca. El sol de África, duro y castigador, caía a plomo dentro de los parapetos, haciendo fatigosa la vida. Sin embargo, las necesidades militares tenían recluidas las fuerzas en las expectativas de nuevos avances.

Durante el transcurso del mes de mayo sí se realizaron expediciones. Se habían tomado los puestos militares de Talili, Buy Meyan, Igueriben y Monte Abarrán. Este último nombre, en el que ya se comienza a ventear la catástrofe, fue el primer aldabonazo, bastante fuerte y claro para prevenir sus tremendas consecuencias, si hubiera sabido ser oído.

Antes de ese acaecimiento, el día 16 de junio, tuvo lugar también una agresión por parte de los moros, de bastante importancia. Este hecho apenas fue sabido en España. El disimulo oficial, la censura telegráfica no dejó conocer sus verdaderas proporciones. Practicaron ese día una descubierta desde Annual dos tabores de Regulares de Melilla y dos *mías* de la Policía. Pretendían desalojar a los beniurriagueles de una posición que tenían en el sitio llamado El Arbolillo. Cuando se habían separado unos tres kilómetros, se vieron diestramente agredidas esas fuerzas por la retaguardia, siguiendo la perenne táctica moruna de pretender cortar la retirada. Se empezaron a oír fuertes descargas de fusilería, y Bernabé Nieto, como todos sus compañeros, se aproximó a los parapetos para enterarse de lo que ocurría. La tranquilidad y el relativo silencio que reinaron hasta entonces, se vieron interrumpidos por fuerte conmoción. Iban y venían jefes y oficiales transmitiendo disposiciones. Pronto la corneta resonó, dando órdenes para congregarse las fuerzas de auxilio que las combatientes demandaban y sin las cuales se habrían visto envueltas.

Se formó rápidamente una columna con dos compañías de Infantería de Ceriñola, una batería de montaña y tres *mías* de Policía indígena. Nieto salió con la columna al servicio de las piezas de montaña. Poco después de realizar el descenso de la posición, empezaron a silbar las balas. El choque fue muy duro. Se percibía que los moros batallaban con un fuerte aliento, que les hacía resistir vigorosamente y que contrastaba con la indiferencia aparente con que habían presenciado la toma de las primeras posiciones antes enumeradas, la cual se había realizado sin disparar un tiro.

Los moros, cuando recibieron la metralla y se percataron de la importancia de las tropas que amenazaban con cogerlos entre dos fuegos, efectuaron una retirada de flanco, en la que, con gran sorpresa de los jefes, se les vio evolucionar por escalones, como una milicia moderna. No tardaron en reunirse los elementos indígenas que habían salido a realizar la descubierta con los que en su auxilio acudían; pero, al emprender todos la vuelta de Annual, los moros insistieron en su ataque, disparando las balas apretadas como granizo. Veintidós muertos nos costó esa acción y más de cien heridos. Los adversarios avanzaron hasta el mismo campamento, y aun después de entrar en él los expedicionarios continuaron estallando en el aire con su agrio silbido las balas. Y tan cerca atacaban, que el jefe, temiendo sin duda alguna agresión más directa durante la noche, sacó dos compañías fuera de los parapetos. Echados en el suelo, los soldados contestaban a los asaltantes, los que, sin esta precaución, habrían llegado hasta las mismas alambradas.

Como indicio de la moral que habían adquirido, Nieto relata que dos de ellos lograron introducirse dentro de las alambradas, favorecidos por las sombras de la noche. En el espacio que separa los acerados y espinosos hilos del parapeto había unas zanjas a modo de trincheras. Allí se resguardaron los osados *pacos* y empezaron a disparar a mansalva contra las tiendas. Colocados en sitio opuesto, mantenían, por la proximidad de los disparos y lo audaz de la provocación, una gran alarma. Un cocinero que estaba pacíficamente pelando patatas para el rancho, recibió una herida mortal en la cabeza. Así permane-

cieron tres horas, al cabo de las cuales un grupo de la Policía se deslizó, sin que los *pacos* pudieran verlo, por detrás.

—Era emocionante la escena —dice Nieto—. Parecía la caza de una alimaña por otras de su misma especie. Los moros amigos andaban arrastrándose, sin hacer ruido, y poco a poco iban cercando al que estaba emboscado del lado de Sidi-Dris. En el instante en que ya muy próximos le tenían rodeado, obedeciendo a una señal se pusieron de pie, dado un gran alarido y se arrojaron sobre él. No tuvo tiempo de disparar. Los policías le quitaron el arma, y con unos cuantos golpes de su afilada gumía, le cortaron la cabeza. El otro había dejado de disparar hacía poco tiempo. Por la mañana se le encontró muerto, víctima de los tiros de las guerrillas.